

José Luis Gómez Ordóñez (coord.)
Eduardo Battaner • José Ignacio Illana Calero • Manuel Masip Mellado
Juan Antonio Aguilera Mochón • Pío Tudela Garmendia
Fernando López Castellano • Francisco Entrena-Durán
Manuel Polls Pelaz • Víctor Borrego Nadal • José Luis Chacón Lafuente
Juan A. Estrada Díaz • Pedro Gómez García • José J. Jiménez Sánchez
Miguel Moreno Muñoz

La cultura de nuestro tiempo

Granada
2018

© LOS AUTORES

© Universidad de Granada

ISBN: 978-84-338-6181-8

Depósito legal: CR./73-2018

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Telf.: 958 243930-246220

Web: editorial.ugr.es

Diseño de la edición: motu estudio

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote, Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CONTENIDO

PRÓLOGOS	9
<hr/>	
PILAR ARANDA RAMÍREZ De la Rectora de la Universidad de Granada	11
JUAN CASTILLA BRAZALES Del Presidente del Ateneo de Granada	13
I. INTRODUCCIÓN	15
<hr/>	
JOSÉ LUIS GÓMEZ ORDÓÑEZ La cultura de nuestro tiempo	17
II. LAS CIENCIAS DE LA MATERIA	35
<hr/>	
EDUARDO BATTANER Lo grande en el Cosmos	37
JOSÉ IGNACIO ILLANA CALERO Lo pequeño en el Cosmos	47
MANUEL MASIP MELLADO Más cerca del cero y del infinito.....	57
III. LAS CIENCIAS DE LA VIDA	65
<hr/>	
JUAN ANTONIO AGUILERA MOCHÓN El origen de la vida	67
PÍO TUDELA GARMENDIA El origen de la mente humana	81

IV. LOS PROCESOS SOCIALES 93

FERNANDO LÓPEZ CASTELLANO
Una mirada a los grandes hitos económicos del siglo xx desde la
Historia del pensamiento económico..... 95

FRANCISCO ENTRENA-DURÁN
La sociedad en la era de la Globalización: una aproximación
sociológica 107

V. LAS ARTES: EL CINE 129

MANUEL POLLS PELAZ
Técnica y espiritualidad en el séptimo arte 131

VÍCTOR BORREGO NADAL
Cine-Psico-Tropo 171

JOSÉ LUIS CHACÓN LAFUENTE
Historia(s) del cine 193

VI. FILOSOFÍA DE LA RELIGIÓN, ANTROPOLÓGICA Y DEL DERECHO 207

JUAN A. ESTRADA DÍAZ
La religión en una sociedad secular 209

PEDRO GÓMEZ GARCÍA
La identidad, bajo sospecha 223

JOSÉ J. JIMÉNEZ SÁNCHEZ
Una comprensión monstruosa del derecho a decidir 235

VII. EPÍLOGO 247

MIGUEL MORENO MUÑOZ
De la tercera cultura a los ecosistemas de reflexión
interdisciplinar: alfabetización integradora inspirada
en desafíos globales 249

Prólogos



A PETICIÓN DEL PRESIDENTE DEL ATENEO DE GRANADA Y DEL coordinador del Seminario sobre “La cultura de nuestro tiempo”, de cuyo contenido se da cuenta en el volumen que tiene el lector en sus manos, me complace iniciar este libro con unas líneas que expresen mi personal satisfacción y mi agradecimiento por la contribución a esta tarea de casi una quincena de profesores y de la Editorial de nuestra Universidad.

Constituye una buena prueba del compromiso de la institución que presido con la difusión de la cultura más allá de las aulas y de los laboratorios, el convencimiento en la necesidad de una educación sustentada en la importancia de la transversalidad y la complejidad del conocimiento; de ahí nuestra apertura a las iniciativas de otras instituciones, como es el caso del Ateneo, llamadas a desempeñar un papel muy importante en nuestra ciudad, con las que sumamos esfuerzos y establecemos relaciones de colaboración que no deben cesar de fortalecerse.

Iniciativas como esta dan sentido a la extensión universitaria que nuestra institución desarrolla en la sociedad de su entorno, divulgando el saber entre un público no necesariamente especialista y favoreciendo la interdisciplinariedad científica y humanística. Así en este volumen se dan cita reflexiones e investigaciones que giran en torno a las ciencias de la vida, las ciencias de la materia y las humanidades (historia, sociología, economía política, arte, filosofía, etc.), todas ellas coadyuvando al conocimiento humano que hace posible el avance de nuestra civilización en este siglo XXI

que nos desafía con tantos retos de todo tipo que nos deben mantener alerta: guerras, hambre, refugiados, crisis medioambiental, etc. Sin una educación universal y sin una cultura al alcance de todos los hombres y mujeres será imposible hacer realidad los clásicos y siempre vigentes anhelos del humanismo, en los que se sustenta la propia naturaleza de los Ateneos y también el viejo espíritu del que surgieron en Europa las más antiguas y prestigiosas universidades.

Este libro que ahora se edita, fruto de la colaboración entre el Ateneo de Granada y la UGR, viene a contribuir a ese universal diálogo de la cultura y la investigación a la búsqueda de un conocimiento que nos permita entender mejor el mundo que nos ha tocado vivir, y en consecuencia ayude a nuestro desarrollo personal y colectivo para una vida más inteligente, más justa, más intensa y más plena de verdadero sentido.

PILAR ARANDA RAMÍREZ
Rectora de la Universidad de Granada

A LO LARGO DEL AÑO 2016, EL ATENEO DE GRANADA ORGANIZÓ un ciclo de conferencias y mesas redondas, cuyo sugestivo título, “La cultura de nuestro tiempo”, nada más darse a conocer, despertó un grado de interés mayúsculo entre los círculos y ambientes intelectuales de la Granada actual. Se desarrolló entre los meses de marzo y octubre, y contó con la inestimable coordinación y dirección de José Luis Gómez Ordóñez, Catedrático de Urbanismo y Ordenación del Territorio de la Universidad de Granada. Ligado a nuestra asociación como destacado ateneísta, este moderno humanista diseñó con minuciosidad y acertado juicio seis sesiones, a cual más atractiva, no sólo por lo sugerente de sus denominaciones, sino también por el prestigio de sus intervinientes, todos ellos avalados por sus brillantes trayectorias, mantenidas y acrecentadas en las últimas décadas en sus respectivos campos de actuación.

Durante el tiempo al que me refiero, y en los salones destinados a nuestras actividades, un número elevado de personas tuvo la oportunidad de escuchar a estos destacados especialistas, quienes dieron respuesta a cuestiones tan singulares como la del tamaño de nuestro universo, la de la función de la filosofía en la cultura espiritual, la del papel desempeñado por la historia, la economía y la sociedad a lo largo de los siglos... Reflexionaron, asimismo, sobre la enigmática y plural definición de lo que entendemos por «vida», plantearon la inquietante controversia que lleva a preguntarnos qué nos hace específicamente humanos, meditaron acerca

de lo complejo de nuestra existencia, estudiaron conceptos tan novedosos como los de la tecnología y la espiritualidad en el séptimo arte, o afirmaron con rotundidad que lo que llamamos identidad no pertenece realmente al plano de los hechos, sino al de la ideología.

En el momento en que redacto estas líneas, me place referirme al éxito que acompañó a estos foros de debate, que aportaron a nuestras actividades ya consolidadas un plus de excelencia que resultará difícil de igualar en el futuro. Fruto de la provechosa participación de los ponentes, así como de los enriquecedores coloquios que suscitaron sus charlas, la Federación de Ateneos de Andalucía nos distinguió poco tiempo después con un accésit, que, a mi parecer, valoró merecidamente la calidad del ciclo, cuyas conclusiones han quedado plasmadas en los capítulos que componen el presente libro, publicado gracias a la generosidad de la Editorial Universidad de Granada.

JUAN CASTILLA BRAZALES
Presidente del Ateneo de Granada

La cultura de nuestro tiempo

|| I ||

Introducción

JOSÉ LUIS GÓMEZ ORDÓÑEZ

La cultura de nuestro tiempo

Sobre el autor

JOSÉ LUIS GÓMEZ ORDÓÑEZ

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos y Urbanista. Doctor por la Universidad Politécnica de Cataluña de Barcelona. Profesor de dicha universidad en las facultades de Arquitectura e Ingeniería hasta 1989. Catedrático de Urbanismo de la Universidad de Granada desde 1995. Docente en las Facultades de Arquitectura e Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos. Coordinador del máster de urbanismo y director del grupo de investigación Laboratorio de Urbanismo de la Universidad de Granada, hasta el año 2014. Galardonado en dos ocasiones con el Premio Nacional de Urbanismo a trabajos profesionales por el Ministerio de Fomento y Obras Públicas del Gobierno español. Director de una veintena de tesis doctorales. Autor de libros y proyectos disponibles en DIGIBUG de la UGR, (*vid.* Gomez-Ordoñez). Estudiante de las ciudades mediterráneas y latinoamericanas. Miembro del Ateneo de Granada.

Origen del proyecto

Cuando se hizo a la Junta Directiva del Ateneo de Granada —que fue tan receptiva de inmediato a la iniciativa— la propuesta del ciclo de conferencias que hoy se presentan agrupadas en este libro, tal impulso era sostenido por diversas razones. La primera sería la duda razonable, muy extendida, acerca de la utilidad, de la huella que puede imprimirse por parte de acciones culturales de este tipo en un lugar como Granada, donde cada día se deben impartir un millar de lecciones en sus aulas universitarias y se producen decenas de actos en las fronteras o fuera del ámbito académico; que el Ateneo insistiera en algunos de esos ámbitos temáticos para un auditorio bastante reducido, podría parecer un ejercicio prescindible. Y, sin embargo, esta duda de que el arado apenas arañe una tierra ya estéril por el lavado continuo de los espíritus, se diría que inundados de cultura, es un acicate para encontrar nuevas maneras de labrar; y pareció que una innovación a ensayar podría ser la de agrupar las conferencias de muy diferentes temáticas en un ciclo, buscando una resonancia que amplificase los efectos individuales, contando con su publicación conjunta en un libro, pero sobre todo tratando de convertir la acción en una reflexión unitaria y compleja sobre la cultura.

Una segunda razón, relacionada con la anterior, fue la de querer dar unidad a lo diverso, solicitar a esos mil ritos docentes el cambio que va desde propagar cada uno su «doctrina» a su some-

timiento a una liturgia común: reconocidas sus diferencias y la validez de sus argumentos especializados, también se presentan habitualmente como un griterío multiforme, inaudible para cualquier hombre sensato y común que no es especialista en nada ni persigue una titulación ni una carrera académica sino dejarse orientar por algunas luces que le proporcionen algo de esperanza para entender, siquiera sea un poco, el mundo en el que vive, para orientar su conducta, para contribuir de alguna manera a su bienestar y el de sus conciudadanos. Era un intento de concertar tan diversos instrumentos, de armonizar tan ruidoso vocerío.

No parecía menor el valor añadido de la exigencia a los ponentes de una actitud dialógica, de la aceptación por todos de un método que hiciese sentir la insuficiencia o insignificancia de cada uno de los discursos si no se sometían a una arquitectura integradora o, cuando menos, relacional. Como, asimismo, el de requerir a los asistentes a las conferencias una fina atención a las diferentes «frecuencias» tal que les dispusiese a la participación activa en el misterio del saber —que es también, y sobre todo, el de lo inexplicable y desconocido— y al ejercicio de la voluntad de abordarlo. Quizás, en esa ambición totalizadora, nos sentimos motivados por un deseo de evadirnos del repliegue solipsista del individuo que se siente zarandeado por mil impulsos, por una maraña rizomática de explicaciones especializadas, como argumentan G. Deleuze y F. Guattari en su obra *Capitalismo y esquizofrenia*.

La cultura de nuestro tiempo se adoptó como lema porque eludía un tiempo concreto y uniforme, aunque su primera evocación fuese la de este comienzo del siglo XXI; para los diferentes conferenciantes podía permitir abordar tiempos tanto de larga duración —hasta los de emergencia y ocaso de las civilizaciones, y aún más largos, ¿hemos, apenas, entrado en el antropoceno, como propone E. Morin?—, como ciclos de coyunturas y periodos cortos de acontecimientos. Sencillamente, su ambigüedad facilitaba entrar en contacto con los tiempos que los diversos saberes, —antropológico, histórico, biológico...— nos proponen. Y, por otra parte, englobando bajo ese apelativo a la cultura, se encontraría satisfecha la necesidad de agrupar, de totalizar, de globalizar «en una localización, más o menos amplia pero nunca muy reducida, una

masa muy diversa de bienes, de rasgos culturales», conjunto que permanece en el tiempo y que se presenta de una manera coherente —frecuente, ubicuo, insistente— en su área cultural. Coherencia en el espacio y permanencia en el tiempo, esos son los rasgos que constituyen la cultura, para Fernand Braudel. Con sumo cuidado para evitar los riesgos de un universalismo excluyente —etnocentrismo, eurocentrismo, civilización occidental...— de otras culturas, así como de un relativismo que, como imagen invertida del universalismo que repudia, para eliminar la posibilidad de conflictos y la violencia entre formas culturales diversas, achata y reduce las formas de ser diverso, transformando la diferencia sin jerarquía en pura indiferencia, y no reconociendo ningún derecho ni valor humano común (Referencias de Todorov, *Nosotros y los otros*, 1989 y Rita Laura Segato, *La Nación y sus otros*, 2007).

La fragmentación de los saberes: El progreso prometeico bajo sospecha

Cabe situar a Descartes en uno de los parteaguas importantes de la cultura occidental; el método científico, aún con sus cambios incesantes, no ha cesado de ganar prestigio y batallas en el conocimiento de la naturaleza hasta nuestros días. Sólo las grandes matanzas del siglo xx, contemporáneas y asociadas a las grandes conquistas científico-técnicas, han podido apenas ocasionar algunos estremecimientos profundos de duda ante su coexistencia con el evidente progreso de la civilización en tantas esferas de la vida.

Si en la Ilustración, la ciencia aparece hermanada con la filosofía y se pretende portadora de valores de libertad y progreso, pronto exigirá soltar el lastre de la exigencia moral e incluso arrastrará a las denominadas (por emulación con las ciencias de la naturaleza desde el positivismo del siglo xix) ciencias sociales, que emergen en la fisura abierta entre las ciencias naturales y las humanas, en ese propósito de avanzar sin el freno de los valores, de los criterios de finalidad y pertinencia. Causas de esa fisura son apreciadas por los románticos en la limitación al libre albedrío, a los sueños y al misterio de la vida que supondría la existencia de leyes mecanicistas en los procesos del alma humana: y, para que no nos roben los

sueños, no nos dejemos seducir por las explicaciones en torno a la materia y la energía. Y si el hombre no se deja atrapar por la ciencia, sí que cabe una física social para explicar los procesos sociales afirmará A. Comte.

Efectivamente, desde Newton, las conquistas impetuosas de las ciencias experimentales, de las ciencias de la naturaleza, la química, la física, la física subatómica o cuántica, la astrofísica, la biología, la inteligencia artificial... han jalonado la historia de nuestra civilización, generándose desde sus invenciones teóricas, grandes innovaciones tecnológicas que han cambiado nuestra manera de habitar el planeta tierra y de relacionarnos entre nosotros. Nunca fueron más influyentes en la humanidad las ciencias que no se agrupan bajo el calificativo de humanas.

La fractura vista desde el lado de la ciencia

Cualquier revisión de los avances científicos hoy en día constituye en sí un panorama tan amplio, que se ha dado en llamar «la tercera cultura» a ese conglomerado científico que emerge puentando o superando la división entre las dos culturas (ciencias del hombre y ciencias de la naturaleza, letras y ciencias, humanidades y ciencias experimentales) y situándose en el centro del debate sobre la naturaleza humana y la naturaleza del universo al abordar áreas tan diversas como la biología evolutiva, la genética, la lingüística, la informática, la neurofisiología, la psicología, la física... en un intento de construcción de una nueva filosofía natural, esa que iniciaron Goethe y Schelling. Atiéndase a este respecto a los libros de referencia de C. P. Snow, *Las dos culturas*, de 1959 y el de John Brockman, *La tercera cultura más allá de la revolución científica*, de 1996.

El panorama que ofrecen los avances de «la tercera cultura» así como el incesante progreso en la divulgación en la sociedad de la cultura científica, merece una valoración muy positiva desde cualquier punto de vista; para el observador de esta tendencia que se siente más a gusto cobijado bajo las ciencias humanas tradicionales, este nuevo pan-cientifismo transversal le suscita una reserva que aquí se va a evocar desde las palabras y la posición de un pres-

tigioso físico francés, Lévy-Leblond: para este científico, la ciencia cumple un papel ideológico —que antes desempeñaron la religión y las humanidades clásicas— al definirse políticamente neutral y socialmente progresista, acepta y amplifica así la ideología de la élite, de la clase social dominante y ayuda a camuflar los mecanismos de explotación y de opresión que son los fundamentos de esta sociedad. Con estas u otras palabras, se muestra la anulación de la significación de las estructuras sociales como gran defecto imputable a esta visión optimista y autosatisfecha de la ciencia.

Simétricamente hay una sólida corriente científica que se está haciendo más y más caudalosa y potente, alimentada por la conciencia general de amenaza que se cierne sobre la vida en nuestro planeta, y que estaría representada por el biólogo Edward O. Wilson, científico que en 1975, bajo el nombre de sociobiología, propuso una teoría consistente desde el estudio sistemático de las bases biológicas de toda conducta social. Tras la física social del XIX, la biología toma el mando. El alejamiento de la confianza ciega en la ciencia y el rechazo de sus criterios estaría en la base de la debilidad de las ciencias sociales. Wilson abre así cauce a una inquietud neoilustrada de hacer confluír y prosperar a todas las ramas del saber, humanidades y ciencias, en una deseable armonía universal de los saberes para la que adoptó el nombre de consiliencia en su libro *Consilience: La unidad del conocimiento*, 1998. «¡Ya basta!, exclama. Un siglo de malentendidos [...] ha recorrido su trayectoria agotadora y las guerras de cultura son un viejo juego que se ha quedado anticuado. Ya es tiempo de declarar una tregua y de forjar una alianza [...], las ciencias sociales son intrínsecamente compatibles con las ciencias naturales. Las dos grandes ramas del saber se beneficiarán en la medida en que sus modos de explicación causal se hagan consistentes». vuelve a estar aquejado, como lo estuvo Goethe, como lo estará Einstein, de lo que él mismo denomina el hechizo jónico: la convicción de que el mundo es ordenado y puede ser explicado por un pequeño número de leyes naturales. (Lo de jónico tiene que ver con su primer defensor, Tales de Mileto, en el siglo VI a. c.) En su atrevido análisis sobre la fragmentación de las ciencias humanas, Wilson encuentra una explicación en la carencia de esa ordenación jerárquica del conocimiento —del organis-

mo al átomo— que guía a las ciencias naturales; le desespera su constatación de que las ciencias sociales raramente hablan el mismo lenguaje técnico al pasar de una especialidad a otra y parece irritarle su impresión de que disfrutan de esa atmósfera global de caos que valoran como un fermento creativo. Y parece burlarse de la lealtad tribal que profesan a los maestros pioneros de cualquiera de sus campos fragmentarios en vez de seguir el principio establecido en las disciplinas científicas de que el progreso puede medirse por la rapidez con que sus fundadores quedan olvidados: el *dictum* de Max Planck, 1858-1947, de que la ciencia avanza por funerales.

Se debe resaltar que la *Consilience* de Wilson es una obra plena de estímulos y erudición; sus reflexiones sobre la relación entre las artes y la ciencia razonando sobre los fundamentos científicos de la creatividad, sobre ética y religión, sobre las bases genéticas de la cultura, ... están expuestas con brillantez y amenidad.

También merece toda atención —véase su libro *La creación. Salvemos la vida en la tierra*, 2006— la vibrante llamada de Wilson a todo el género humano —científicos y legos— a cooperar en la labor de construcción de la ciencia por confluencia y acumulación de esfuerzos de toda la sociedad en el registro de la maravillosa riqueza de la biodiversidad amenazada del planeta.

La fractura vista desde las humanidades

Pero vayamos al campo de las humanidades. También aquí se ha consagrado el término de las tres culturas, acuñado por el sociólogo alemán Wolf Lepenies en su libro de 1985, *Las tres culturas*. La sociología entre la literatura y la ciencia. En la dicotomía anteriormente citada de «las dos culturas» de Snow, contraponiendo las ciencias naturales y las filosóficas, Lepenies inserta un tercer campo cultural, el de las ciencias sociológicas, en el que, desde su emergencia en el siglo XIX, detecta la mezcla y oposición de ambas orientaciones, la científica que alienta sus razones en el positivismo francés de A. Comte y la literaria que acoge todas las singularidades que el vitalismo romántico va destilando en su registro de la diversidad de las relaciones humanas.